

PLAN NACIONAL
DEL LIBRO Y LA LECTURA
José de la Cuadra



¡LEER ENCIENDE
TU IMAGINACIÓN!

Bachillerato General Unificado
Tercer curso
Biología

PLAN NACIONAL
DEL LIBRO Y LA LECTURA
José de la Cuadra



¡LEER ENCIENDE
TU IMAGINACIÓN!

Bachillerato General Unificado
Tercer curso
Biología

El enfermo profesional

Roberto Arlt

Sí, hay señores empleados que podrían poner en la tarjeta, bajo su nombre, esta leyenda: "enfermo profesional". No hay repartición de nuestro gobierno donde no prospere el enfermo profesional, el hombre que trabaja dos meses en el año, y el resto se lo pasa en su casa. Y lo curioso es esto. Que el enfermo profesional es el motivo de que exista el empleado activo, fatalmente activo que realiza el trabajo propio y el del otro, como una compensación natural debida al mecanismo burocrático. Y decimos burocrático, porque estos enfermos profesionales solo existen en las reparticiones nacionales. Las oficinas particulares ignoran en absoluto la vida de este ente metafísico que no termina de morir a pesar de todos los pronósticos de los entendidos de la repartición nacional.

Naturalmente, el enfermo profesional jamás tiene veinte años ni ha pasado de los treinta. Se mantiene en la línea equinoccial de la vagancia reglamentaria. Es un hombre joven, adecuado para el papel que representa sin exageración, pero con sabiduría. Generalmente es casado, porque los enfermos con esposa inspiran más confianza, y las enfermedades con una media naranja ofrecen más garantías de autenticidad. Un hombre solo y enfermo no es tan respetable como un hombre enfermo y casado. Intervienen allí los factores psicológicos más distintos, las ideas crueles más divertidas, las compasiones más extrañas. Todos piensan en la futura viuda.

Ahora bien, el enfermo profesional suele ser en el noventa y cinco por ciento de los casos un simulador habilísimo, no solo para engañar a sus jefes, sino también a los médicos, y a los médicos de los hospitales. Naturalmente, para adoptar la profesión de enfermo siendo empleado de una repartición pública hay que contar con la ayuda del físico. El enfermo profesional no se hace, sino que nace. Nace enfermo (con salud a toda prueba), como otro aparece sobre el mundo aparentemente sano y robusto, con una

salud deplorable. Tiene una suerte, y es la de su físico, un físico de gato mojado y con siete días de ayuno involuntario. Cuerpo largo, endeble, cabeza pequeña, ojos hundidos, la tez amarilla y la parla fatigosa como de hombre que regresa de un largo viaje. Además, siempre está cansado y lanza suspiros capaces de partir a un atleta.

El que cuente con un físico de esta naturaleza, dos metros de altura, cuello de escarbadientes y color de vela de sebo, puede comenzar la farsa de la enfermedad (siempre que sea empleado nacional) tosiendo una hora por la mañana en la oficina. Alternará este ejercicio de laringe con el tocarse suavemente la espalda haciendo al mismo tiempo el gesto lastimero. Luego toserá dos o tres veces más y, con todo disimulo, evitando que lo vean (para que lo miren) se llevará el pañuelo a la boca y lo ocultará prestamente. A la semana de efectuar esta farsa, el candidato a enfermo profesional observará que todos sus compañeros se ponen a respetable distancia, al tiempo que le dicen:

—¡Pero vos tenés que descansar un poco! (ya cayó el chivo en el lazo), vos tenés que hacerte ver por el médico. ¿Qué tenés? ¿A ver si tenés fiebre?

Y si el candidato a profesional es hábil, el día que visita al médico de su oficina, muchas horas antes se coloca papel secante bajo las axilas, de modo que al colocarle el termómetro el médico comprueba que tiene fiebre, y como además el profesional confiesa que tose mucho, y etc., etc. (Nosotros no le regalamos fórmulas para convertirse en enfermo profesional). Un mes de farsa basta para prepararse un futuro. ¡Y qué futuro! La “enfermedad” alternada con las licencias, y las licencias con la enfermedad.

Con este procedimiento en poco tiempo el profesional se convierte en el enfermo protocolar de la oficina. El médico se aficiona a este cliente que lo visita asiduamente y le habla del temor de dejar a su esposa viuda, el médico acaba por familiarizarse con su enfermo crónico que le hace pequeños regalos y que sigue

puntualísimamente sus prescripciones, y al cabo de un tiempo, ya el médico ni lo observa a su enfermo, sino que en cuanto lo ve aparecer por su consultorio le da unas amistosas palmadas en la espalda y extiende la licencia con una serenidad digna de mejor causa.

Pero el profesional no se calma, sino que alega nuevos dolores, y ya está que el estómago se le pone como un “plomo”, ya es la garganta que le duele, y si no son los riñones, el hígado y el páncreas a la vez, o el cerebro y los callos. El médico, para no alegar ignorancia ante tal eclecticismo de enfermedades, lo deriva todo de la misma causa, y finge con el enfermo hacer análisis que no hace, pues está convencido de que el ciudadano muere el día menos pensado.

Y el caso es el siguiente: que todos quedan contentos. Contentos los empleados de la repartición por haberse librado de un compañero “peligroso”, contento el jefe de ver que con la ausencia del enfermo el trabajo no se ha obstaculizado, contento el ministro de no tener que jubilarlo al enfermo porque alega que se enfermó en el desempeño de su trabajo, contento el médico de tener a un paciente tan sumiso y resignado, y contento el enfermo de no estar enfermo, sino de ser uno de los tantísimos de los enfermos crónicos que en las reparticiones nacionales hacen decir al portero: —Pobre muchacho. Ese no pasa de este año.

Y el pobre muchacho se jubila... se jubila de empleado nacional... y de enfermo crónico, aunque con un sueldo solo por las enfermedades.

Tomado de Varios autores. (2007). *Leer x leer. Textos para leer de todo, mucho y ya*. Buenos Aires: Editorial Universitaria.

Roberto Arlt (1900-1942). Novelista, cuentista, dramaturgo, periodista e inventor argentino. Entre sus obras destacan *El juguete rabioso*, *Los siete locos*, *Los lanzallamas*, *El amor brujo*.

Acefalia

Julio Cortázar

A un señor le cortaron la cabeza, pero como después estalló una huelga y no pudieron enterrarlo, este señor tuvo que seguir viviendo sin cabeza y arreglárselas bien o mal. En seguida notó que cuatro de los cinco sentidos se le habían ido con la cabeza. Dotado solamente de tacto, pero lleno de buena voluntad, el señor se sentó en un banco de la plaza Lavalle y tocaba las hojas de los árboles una por una, tratando de distinguir las y nombrarlas. Así, al cabo de varios días pudo tener la certeza de que había juntado sobre sus rodillas una hoja de eucalipto, una de plátano, una de magnolia foscata y una piedrita verde.

Cuando el señor advirtió que esto último era una piedra verde, pasó un par de días muy perplejo. Piedra era correcto y posible, pero no verde. Para probar imaginó que la piedra era roja, y en el mismo momento sintió como una profunda repulsión, un rechazo de esa mentira flagrante, de una piedra roja absolutamente falsa, ya que la piedra era por completo verde y en forma de disco, muy dulce al tacto.

Cuando se dio cuenta de que además la piedra era dulce, el señor pasó cierto tiempo atacado de gran sorpresa. Después optó por la alegría, lo que siempre es preferible, pues se veía que, a semejanza de ciertos insectos que regeneran sus partes cortadas, era capaz de sentir diversamente. Estimulado por el hecho abandonó el banco de la plaza y bajó por la calle Libertad hasta la Avenida de Mayo, donde como es sabido proliferan las frituras originadas en los restaurantes españoles. Enterado de este detalle que le restituía un nuevo sentido, el señor se encaminó vagamente hacia el este o hacia el oeste, pues de eso no estaba seguro, y anduvo infatigable, esperando de un momento a otro oír alguna cosa, ya que el oído era lo único que le faltaba. En efecto, veía un cielo

pálido como de amanecer, tocaba sus propias manos con dedos húmedos y uñas que se hincaban en la piel, olía como a sudor y en la boca tenía gusto a metal y a coñac. Solo le faltaba oír, y justamente entonces oyó, y fue como un recuerdo, porque lo que oía era otra vez las palabras del capellán de la cárcel, palabras de consuelo y esperanza muy hermosas en sí, lástima que con cierto aire de usadas, de dichas muchas veces, de gastadas a fuerza de sonar y sonar.

Tomado de Cortázar, J. (2002). *Historias de cronopios y de famas*. Madrid: Punto de lectura.

Julio Cortázar (1914-1981). Fue un escritor, traductor e intelectual argentino. Optó por la nacionalidad francesa en 1981, en protesta contra el régimen militar argentino.

Y yo quiero ser... Química médica

Júlia Dulsat Mas

Yo de pequeña soñaba con ser bailarina, después quise ser astronauta, más adelante decidí que quería dedicarme a la odontología y al día de hoy me he convertido en química médica. Como podéis ver, cambié de opinión sobre mi futuro varias veces a medida que iba descubriendo mundo y ciencia. Pero por muchos cambios, me atrevo a afirmar que, si volviera a nacer, volvería a dedicarme a la química.

Cuando era pequeña tenía una curiosidad infinita y una necesidad, a veces un tanto angustiosa, de saber el porqué de las cosas. Recuerdo una carta de reyes donde pedía un microscopio para poder buscar los pulmones de las plantas, porque bien tienen que respirar si son seres vivos. Años más tarde, la ciencia me enseñó que las plantas respiran a través de sus hojas captando el oxígeno

del aire. Cuando preparábamos la cena los lunes me preguntaba por qué las claras de los huevos se volvían blancas cuando se calentaban. Hoy sé que las proteínas de la clara del huevo se desnaturalizan cuando aumenta la temperatura, y por ello cambian su aspecto. Cuando era pequeña me preguntaba por qué el agua del mar era azul, pero el agua que salía de la ducha no. Hoy sé que el agua es incolora, y el color del agua del mar se debe al reflejo del cielo en el mar.

Para esa época todavía no tenía muy clara la diferencia entre las distintas disciplinas científicas; pero lo que nunca dudé es que ciencia era lo que quería hacer en mi vida. Porque la ciencia tiene respuestas y una explicación para todo, y eso, es fascinante.

Empecé bachillerato, y conocí al profesor que hizo decantar la balanza hacia la química. Él me enseñó la química de la forma más sencilla, cotidiana y divertida que jamás haya podido imaginar. El estudio y el aprendizaje se convirtieron en un juego el cual nunca he dejado (ni quiero dejar) de jugar. Gracias a él aprendí que con la química no existe frontera de lo imposible y que el único límite lo pone tu imaginación. Recuerdo que él siempre nos decía: "¡Todo se puede explicar con la química!"

Y no se equivocaba, las plantas respiran por la difusión del oxígeno, las proteínas pierden su estructura cuando reciben energía, la interacción luz-materia explica los colores de las cosas. Cuando juntamos unos cuantos átomos en una forma determinada obtenemos un fármaco que nos alivia el dolor; si hacemos colisionar dos átomos obtenemos energía nuclear; cuando comemos nuestro organismo rompe la comida en partes más pequeñas que nos proporcionan energía y vitaminas; si nos queremos tirar a la piscina, el cerebro, mediante una señalización química, avisa a nuestras piernas para que salten... ¡Fascinante!

Decidir estudiar química creo que fue una de las mayores y mejores decisiones que he tomado en la vida. Me divierto haciendo ciencia, al tiempo que aprendo y además contribuyo a mejorar la calidad de vida de las personas.

La segunda decisión importante que tomé, fue cuando decidí que quería curar el cáncer. Esta tampoco fue una decisión tomada en un minuto, sino que su reflexión me llevo alguna que otra tarde; aunque recuerdo perfectamente el momento que vi la luz.

Me encontraba en el último año de mis estudios universitarios, todo eran dudas, indecisiones, un futuro por delante, todas las opciones posibles encima de la mesa y tocaba tomar otra decisión importante. Era momento de focalizar mis estudios, escoger un área de estudios, decidir, en pocas palabras, cómo o qué quería ser al cabo de 5 años.

Era una tarde de primavera, estaba tomado un café con una amiga y compañera de universidad y hacía meses que ese era nuestro tema de moda: ¿Y ahora qué? Y mientras hablábamos, yo iba reflexionando: quería un gran reto personal y profesional, que marcara un antes y un después en mi mundo y en el mundo científico (siempre me ha gustado pensar a lo grande); pero a la vez quería ayudar a la gente, mejorar sus vidas. Y las opciones se iban reduciendo... Prefería una bata de laboratorio antes que un traje y una oficina, prefería experimentar y divertirme probando nuevas cosas antes que seguir una rutina, y claro, quería hacer algo grande, un gran reto. Y de repente, lo vi todo claro: el cáncer, había que erradicar el cáncer.

Y así fue como decidí que de mayor quería ser química médica. Química, evidentemente, mi mundo gira en torno a dicha ciencia y médica porque, aun sin saber de medicina, trabajo en un tema médico como es la enfermedad del cáncer. Pero yo no me dedico a tratar pacientes, yo me dedico a intentar entender cómo viven y sobreviven las células de cáncer y encontrar un mecanismo o tratamiento que sea más fuerte que ellas.

Es completamente fascinante, cultivo unas células de pacientes extraídas con una biopsia del tumor, les doy de comer, las mantengo a una temperatura agradable para ellas y hago que crezcan millones y millones. Después les añado un biomaterial que solidifica y se forman unos micro-tumores de cáncer en el laboratorio. Es completamente fascinante. A los tumores les doy de comer y crecen, se hacen más grandes y aparecen más células. Y en este momento, empiezo a hacer volar la imaginación y a jugar. Y nunca se me olvida que “la química no tiene frontera en lo imposible”. Me dedico a entender el cáncer desde un punto de vista celular, cómo se organizan las células, sus mecanismos de resistencia a los fármacos, cómo se reproducen y cómo una sola célula es capaz de liberarse del tumor y anclarse a otra parte del cuerpo para hacer crecer otro. Para ello, imaginación: les cambio la temperatura, les inyecto fármacos, productos tóxicos, nanopartículas, les limito el oxígeno que tienen para respirar, las irradio con luz... y podría escribir páginas y páginas, y vosotros también podríais, de todas y cada una de las ideas para hacerle “la vida” más complicada a las células de cáncer. Es completamente fascinante.

Porque después de todo, ellas siguen vivas y siguen reproduciéndose. Y eso es lo más fascinante de todo y uno de los retos más duros que he vivido nunca. En la selva, los animales sobreviven por la “ley del más fuerte”; cuando se trata del cáncer, sobrevive el más hábil y perspicaz. Al día de hoy no lo somos los científicos, pero con más conocimiento y más juegos, algún día le vamos a ganar la batalla.

El cáncer, y encontrar su cura o un tratamiento eficaz, es uno de los retos más impresionantes que tiene la comunidad científica actualmente. No es el único, pero para mí es el más sorprendente y formar parte de ello me genera una gran ilusión.

Pero no termina aquí, cada día aparecen nuevos retos científicos y los químicos somos una parte muy importante en la búsqueda de soluciones.

Una vez que te conviertes en químico, no hay nada que se te resista, y no lo olvides: ¡Con la química desaparece la frontera de lo imposible!

Tomado de Garrido, Q. *CIENCIA, y yo quiero ser científico!!!* Barcelona: Apadrina la Ciencia.

Júlia Dulsat Mas. Graduada en Química con un Máster en Química Farmacéutica. Es candidata al PhD en el Departamento de Bioingeniería en la facultad IQS-School of Engineering, Universidad Ramon Llull, Barcelona.

Un día de estos

Gabriel García Márquez

El lunes amaneció tibio y sin lluvia. Don Aurelio Escobar, dentista sin título y buen madrugador, abrió su gabinete a las seis. Sacó de la vidriera una dentadura postiza montada aún en el molde de yeso y puso sobre la mesa un puñado de instrumentos que ordenó de mayor a menor, como en una exposición. Llevaba una camisa a rayas sin cuello, cerrada arriba con un botón dorado, y los pantalones sostenidos con cargadores elásticos. Era rígido, enjuto, con una mirada que raras veces correspondía a la situación, como la mirada de los sordos.

Cuando tuvo las cosas dispuestas sobre la mesa rodó la fresa hacia el sillón de resortes y se sentó a pulir la dentadura postiza. Parecía no pensar en lo que hacía, pero trabajaba con obstinación, pedaleando en la fresa incluso cuando no se servía de ella.

Después de las ocho hizo una pausa para mirar el cielo por la ventana y vio dos gallinazos pensativos que se secaban al sol en el caballete de la casa vecina. Siguió trabajando con la idea de que antes del almuerzo volvería a llover. La voz destemplada de su hijo de once años lo sacó de su abstracción.

—Papá.

—¿Qué?

—Dice el alcalde que si le sacas una muela.

—Dile que no estoy aquí.

Estaba puliendo un diente de oro. Lo retiró a la distancia del brazo y lo examinó con los ojos a medio cerrar. En la salita de espera volvió a gritar su hijo.

—Dice que sí estás porque te está oyendo.

El dentista siguió examinando el diente. Solo cuando lo puso en la mesa con los trabajos terminados, dijo:

—Mejor.

Volvió a operar la fresa. De una cajita de cartón donde guardaba las cosas por hacer, sacó un puente de varias piezas y empezó a pulir el oro.

—Papá.

—¿Qué?

Aún no había cambiado de expresión.

—Dice que si no le sacas la muela te pega un tiro.

Sin apresurarse, con un movimiento extremadamente tranquilo, dejó de pedalear en la fresa, la retiró del sillón y abrió por completo la gaveta inferior de la mesa. Allí estaba el revólver.

—Bueno —dijo—. Dile que venga a pegármelo.

Hizo girar el sillón hasta quedar de frente a la puerta, la mano apoyada en el borde de la gaveta. El alcalde apareció en el umbral. Se había afeitado la mejilla izquierda, pero en la otra, hinchada y dolorida, tenía una barba de cinco días. El dentista vio en sus ojos marchitos muchas noches de desesperación. Cerró la gaveta con la punta de los dedos y dijo suavemente:

—Siéntese.

—Buenos días —dijo el alcalde.

—Buenos días —dijo el dentista.

Mientras hervían los instrumentos, el alcalde apoyó el cráneo en el cabezal de la silla y se sintió mejor. Respiraba un olor glacial. Era un gabinete pobre: una vieja silla de madera, la fresa de pedal, y una vidriera con pomos de loza. Frente a la silla, una ventana con un cancel de tela hasta la altura de un hombre. Cuando sintió que el dentista se acercaba, el alcalde afirmó los talones y abrió la boca.

Don Aurelio Escobar le movió la cara hacia la luz. Después de observar la muela dañada, ajustó la mandíbula con una cautelosa presión de los dedos.

—Tiene que ser sin anestesia —dijo.

—¿Por qué?

—Porque tiene un absceso.

El alcalde lo miró en los ojos.

—Está bien —dijo, y trató de sonreír. El dentista no le correspondió.

Llevó a la mesa de trabajo la cacerola con los instrumentos hervidos y los sacó del agua con unas pinzas frías, todavía sin apresurarse. Después rodó la escupidera con la punta del zapato y fue a lavarse las manos en el aguamanil. Hizo todo sin mirar al alcalde. Pero el alcalde no lo perdió de vista.

Era una cordal inferior. El dentista abrió las piernas y apretó la muela con el gatillo caliente. El alcalde se aferró a las barras de la silla, descargó toda su fuerza en los pies y sintió un vacío helado en los riñones, pero no soltó un suspiro. El dentista solo movió la muñeca. Sin rencor, más bien con una amarga ternura, dijo:

—Aquí nos paga veinte muertos, teniente.

El alcalde sintió un crujido de huesos en la mandíbula y sus ojos se llenaron de lágrimas. Pero no suspiró hasta que no sintió salir la muela. Entonces la vio a través de las lágrimas. Le pareció tan extraña a su dolor, que no pudo entender la tortura de sus cinco noches anteriores. Inclinado sobre la escupidera, sudoroso, jadeante, se desabotonó la guerrera y buscó a tientas el pañuelo en el bolsillo del pantalón. El dentista le dio un trapo limpio.

—Séquese las lágrimas —dijo.

El alcalde lo hizo. Estaba temblando. Mientras el dentista se lavaba las manos, vio el cielorraso desfondado y una telaraña polvorienta con huevos de araña e insectos muertos. El dentista regresó secándose las manos.

—Acuéstese —dijo— y haga buchec de agua de sal.

El alcalde se puso de pie, se despidió con un displicente saludo militar, y se dirigió a la puerta estirando las piernas, sin abotonarse la guerrera.

—Me pasa la cuenta —dijo.

—¿A usted o al municipio?

El alcalde no lo miró. Cerró la puerta y dijo, a través de la red metálica:

—Es la misma vaina.

Tomado de Varios autores. (2007). *Leer x leer. Textos para leer de todo, mucho y ya*. Buenos Aires: Editorial Universitaria.

Gabriel García Márquez (1927-2014). Escritor colombiano reconocido como un gran exponente del Realismo mágico. Entre sus obras destacan *Cien años de soledad*, *Crónica de una muerte anunciada*, *El coronel no tiene quien le escriba*, entre otras.

Absurdo biológico

Fernando Lafuente

Existe una mancha que la Humanidad arrastra desde tiempos inmemoriales y que parece no desaparecer nunca: el racismo. De este problema, de este fracaso del ser humano como civilización, se puede hablar desde diferentes puntos de vista: social, ético, moral, religioso... pero también, siendo quizá menos conocido, se le puede dar un enfoque científico. Mi propósito es, mediante este texto, añadir mi granito de arena demostrando, porque en ciencia las cosas se demuestran, que además de ser humanamente deplorable, el racismo es un absurdo biológico.

Como sabéis, en el interior de nuestras células existen unos filamentos enrollados en doble hélice que constituyen los cromosomas. En ellos, existe un gran número de fragmentos, como las piezas de un rompecabezas alargado, que reciben el nombre de genes. Los genes, distintos y propios de cada persona, guardan la información que dicta cómo somos físicamente (nuestra apariencia) y mentalmente (nuestro intelecto y nuestra actitud). Son los que se aseguran de que nos parezcamos en muchos aspectos a nuestros padres y abuelos.

En el pasado, y continuando en el presente, se han dado con frecuencia devastadores signos de racismo de todo tipo, sobre todo racial o étnico: todos recordamos sin demasiado esfuerzo el holocausto judío en la Segunda Guerra Mundial o la humillante esclavitud de los nativos negros provenientes de África en América del Norte. Por un lado, los alemanes se vanagloriaban de la pureza de la raza aria como estirpe superior a las demás, que eran consideradas inferiores y ofensivas; por el otro, mezclarse a cierto nivel con la gente de color era un insulto y una deshonra de caro precio para los americanos del siglo XIX. Repasando la historia, también es habitual encontrarse con casos en que miembros de una misma familia real se han emparejado entre sí para preservar su linaje.

Volviendo ahora a los genes, no es complicado explicar, y entender, por qué tamañas concepciones y comportamientos son un completo disparate. Tener una amplia gama de genes distintos es lo que ha permitido al ser humano adaptarse a su entorno, y sobrevivir a sus muchas dificultades, durante toda su existencia.

Ante los cambios bruscos del ambiente o del mundo que le rodea, el hombre o mujer que tiene los genes más variados tiene mayor número de posibilidades de salir adelante, pues es más probable que entre toda la información genética de que dispone haya algo que le ayude a asimilar esos cambios. Por el contrario, aquel individuo cuya colección de genes sea muy limitada tendrá más difícil la supervivencia, hasta el punto de poder desaparecer.

Los hombres tenemos muchos genes comunes por el mero hecho de serlo, pero a la vez somos distintos. Cada raza, la blanca, la negra, la amarilla, etc., tiene un tiempo información genética que la hace humana y otra que la diferencia de las demás, y que ha permanecido a lo largo de miles de años porque resulta útil. A nadie se le escapa la magnífica habilidad de las personas negras en algunos deportes como el baloncesto o las pruebas de velocidad, el alto rendimiento de algunos países africanos en la maratón, la increíble capacidad de trabajo y sacrificio de los orientales... Querer imponer una etnia única y exclusiva en el mundo no sólo es terrible, es una auténtica estupidez. Una especie con pocos genes y además similares entre sí se empobrece, como demuestran los descendientes intelectualmente disminuidos o físicamente enfermos de algunas monarquías del pasado, pudiendo devaluarse y degenerar hasta la extinción definitiva.

Si todos somos miembros de una misma especie, la especie humana, y se nos ha concedido el mismo planeta para vivir... ¿no es preferible agarrarse fuertemente a lo que nos une y aprovechar nuestras diferencias en vez de utilizarlas para destruirnos entre nosotros?

Tomado de Lafuente, F. (2005) *Sembrar valores, recoger futuro*. Madrid: CCS Editorial.

Fernando Lafuente (1975). Escritor y físico español. Ha publicado varios libros infantiles, entre los que destaca una antología de microrrelatos de ciencia ficción, terror y fantasía llamada *Micronomicón*.

